

M. FERNÁNDEZ RUANO

COLECCIÓN DE POESÍAS

PUBLICADAS Á EXPENSAS

DEL

Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO DEL

Sr. D. Francisco de B. Pavón

Cronista de la Ciudad



TOMO IV

R-25.223

CÓRDOBA

IMPRESA Y PAPELERÍA DE "LA UNIÓN"
1892

Publicadas á expensas del
Excmo. Ayuntamiento de
Córdoba por acuerdo de 13
de Agosto de 1892.

R-491

Bufón y Alquimista

ZARZUELA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

EL REY D. FELIPE IV.
EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.
EL MARQUÉS DE LA FLORIDA.
EL CONDE DE MIRALLÓS.
RAMIRO.
ROSETO NIÑO.
D. JULITA.
D. FERNANDO DE HARO.
YBRAHIM, EMBAJADOR DE CONSTANTINOPLA.
UN NEGRO, SU SECRETARIO.
LA REINA DOÑA ISABEL.
DOÑA BLANCA.
VARIAS DAMAS, CORTESANOS, ARCABUCEROS, UN COMISARIO
DE LA INQUISICIÓN Y DISTINTOS AIGUACILES.

*La escena es en Madrid
en los últimos días de la privanza
del Conde-Duque de Olivares*



Bufón y Alquimista

ZARZUELA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

Salón de Palacio.—Puertas en el fondo y á los lados.—Al levantarse el telón aparecen el Conde de Mirallós, el Marqués de la Florida, el poeta Roseto Niño y varios cortesanos vestidos de guerreros romanos.—Máscaras.

Música.

ESCENA I.

CORO. —En la alegre corte
del Rey mi señor
jamás pasa un día
sin su diversión.

- MARQUÉS. —Hay apuestas damas
bellas como el sol;
más no son Virginias
ni Lucrecias son.
- CONDE. —Cualquier cortesano
es *conquistador*;
pero en todo el reino
no hay un Escipión.
- CORO. —En la alegre corte, etc.
- ROS. —Grande hemos llamado
al monarca ¡oh Dios!
y tan sólo es grande
por su corrupción.
- CORT. 1.º —Hoy somos romanos
no por el valor
que es un Bajo Imperio
el reino español.
- CORO. —En la alegre corte, etc.
- CORT. 2.º —¡Vivan las hermosas,
y viva el amor
los dulces placeros
y la seducción!
- CORO. —En la alegre corte, etc.
Hablado.
- MAR. —Este casco y esta espada
me pesan: soy un confite.
- ROS. —Vamos, no vale un ardite
nuestra juventud dorada.
- CONDE. —Siempre entre damas apuestas
en cuyos ojos se mira
solo enervada respira
el perfume de las fiestas.
- MAR. Por cierto que estamos mal.

- CORT. 2.º Soy de distinta opinión.
- ROS. —Y la santa Inquisición
no se mete en la moral.
Como diga un fiel vasallo
cristiano soy muy sincero
bien puede, si es caballero,
gozar hasta de un serrallo.
- CORT. 2.º —Calla por Dios!
- ROS. —Quién se apura
por palabras?
- CORT. 2.º —Sándio eres!
- ROS. —Hombre cobarde!
- CORT. 2.º —Tú quieres
tomar una tostadura?
- CONDE. —Dejad á la Inquisición
aunque ccnculque la ley.
- CORT. 2.º —Sí, que con ella y el Rey
¡chitón!
- CONDE. —Chitón!
- CORT. 1.º —Y chitón!
- ROS. —Toquemos á otro registro,
que yo anhele murmurar.
- CORT. 1.º —Pues hoy te puedes cebar
á tu gusto en el Ministro.
- CONDE. —El Rey le mira muy serio.
- ROS. —Ya vá de capa caída.
- MAR. —Corta vida, corta vida
pronostico al Ministerio.
- ROS. —Tiene una especie de tisis
el reino, que desconsuela.
- CORT. 1.º —Por eso todo hombre anhela
la crisis.
- MAR. —Venga la crisis!

- ROS. —Hoy nadie en España come.
 MAR. —Ya puso el dedo... en el pan.
 CORT. 1.º —Dar de comer es su afán.
 CONDE. —Y es raro que dé y no tome.
 ROS. —Y las flotas de los mares
 llegan ¡pese á la justicia!
 sólo á saciar la codicia
 de ese Conde de Olivares;
 pero á lograrlo no basta
 todo el Potosí.
- CORT. 1.º —Sin duda.
 Y el pueblo suda que suda,
 y el Conde gasta que gasta.
- CORT. 2.º —Deja al pueblo.
- ROS. —Dá dolor
 de verlo tan desdichado!
- MAR. —Eres quizás su abogado?
 Eres su procurador?
 Ten presente, y no te afanes
 por los negocios ajenos,
 que hubo, es fuerza, ó por lo menos
 debió haber muchos Adanes.
 Unos nacen á gozar,
 á ser ricos y reir;
 otros vienen á sufrir,
 ser fuertes y trabajar;
 deja al pobre que sea pobre
 y al rico con su tesoro;
 procura nadar en oro
 y ni te acuerdes del cobre.
- CORT. 1.º —Si tú quieres prosperar,
 si intentas vivir tranquilo,
 guardar debes gran sigilo,

- ser discreto y no pensar.
 ROS. —Aunque me esfuerce no puedo.
 CORT. 2.º —Pues por tu vida no doy
 ni un rábano.
- ROS. —Nada, soy
 discípulo de Quevedó.
- CORT. 1.º —Si tú aspiras, pobre mozo,
 á ingresar hoy en el gremio
 de los valientes, el premio
 tendrás en un calabozo.
- MAR. —Al fin lograrás la gloria
 de que los necios te alaben.
- CORT. 1.º —Y en ayunas ¡qué bien saben
 las páginas de la Historia!
- CORT. 2.º —Mira que en esta nación
 el camino que yo veo
 para llegar á un empleo
 principia en la adulación.
- CONDE. —El que adula tiene bula,
 nadie le dá calabaza;
 todos dicen: ¡plaza, plaza
 al intrigante que adula!
- ROS. —Un poetastro del infierno
 hizo un soneto muy malo...
- TODOS. —Sí?
- ROS. —Y en vez de darle un palo
 le dieron... (Riéndose.)
- TODOS. —Habla.
- ROS. —Un gobierno.
- CONDE. —A un bellaco que su novia
 vende á los gustos del Rey,
 hoy le han hecho ¡pobre ley!
 Corregidor de Segovia.

ESCENA II.

Los mismos. D. Julita, varios cortesanos y señoras.

Música.

D. JUL. —Yo soy el tipo acabado
 en quien unidos están
 el encanto del talento,
 la magia de la beldad,
 de las hembras el donaire
 y el despejo militar.
 Yo soy, señores,
 la tempestad;
 vivo relámpago,
 rayo fatal,
 tromba terrible,
 y soy al par
 de miel y azúcar
 y mazapán
 y mis palabras son el maná.
 Oigo requiebros,
 sé coquetear,
 el abanico
 nuevo á compás
 y enamorado
 cualquier Don Juan
 tierno me invita
 para bailar.
 Yo soy la síntesis
 de Eva y Adán;
 de los dos sexos
 hago el total;
 yo puedo altivo
 significar

de la doble raza humana
 la fusión y la unidad.

CORO. —Ay qué figuras!
 Ay qué mirar!
 Qué contracciones
 las de su faz!
 Naturalistas,
 venid acá;
 ¿dónde ha nacido
 este animal?

D. JUL. —Oh qué grandes pensamientos
 encerrados tiene ya
 en sus cóncavas esferas
 mi cráneo piramidal.
 A escribir voy un poema
 que se puede titular
 «en mí acaba, en mí termina
 la perfectibilidad.»
 Yo soy, señores,
 la tempestad, etc.

CORO. —Ay qué figuras!
 Ay qué mirar, etc.

Hablado.

D. JUL. —Orden!... que cayó que hacer:
 hoy se saca á oposición...

TODOS. —Qué?

D. JUL. (Alzando la voz) —La plaza de bufón,
 y se habrá de proveer
 en quien resulte agraciado
 á las doce.

ROS. —En una hora!

D. JUL. —Sobra tiempo.

ROS. —No señora. (En tono de burla)

- D. JUL. —El Rey así lo ha mandado.
 CONDE. —Me huelen como á pastel
 estos extraños concursos.
 D. JUL. —Yo ya no haré más discursos:
 vé al punto y fija el cartel. (A un criado.)

(El criado fija el cartel; las damas y cortesanos pasean y quedan solos D. Julita, Roseto y el 2.º cortesano; todos se rien y hacen burla del cartel.)

- D. JUL. —El Rey quiere respirar
 ancho, muy ancho, y reir.
 Ros. —Porque el Conde, en mi sentir,
 le hace, y no poco, llorar.
 CORT. 2.º —Y dime: ¿qué condiciones
 se exigen cual necesarias
 para este certámen?
 D. JUL. —Varias,
 y por muy varias razones.
 Se quiere, si bien discurro
 y si muy mal no me acuerdo,
 un hombre entre loco y cuerdo,
 que no haya montado en burro
 sino en soberbio alazán,
 que no coma en bodegón,
 que tema á la Inquisición
 sin temer al ¿qué dirán?
 que sepa con eficacia
 burlar y acatar la ley,
 que entienda el gusto del rey
 y, por fin, que tenga gracia.
 Ros. —¡Cosas de España!
 CORT. 2.º —¡Despacio!
 ¿Quieres visitar al juez?
 Ros. —Pues dirélo de una vez.
 CORT. 2.º ¡Cómo!

- Ros. —¡Cosas de Palacio!
 CORT. 2.º —Eres un gran majadero.
 No me llega la camisa
 al cuerpo.
 Ros. —Me causa risa.
 La primera por postrero.
 D. JUL. —Y manda su Magestad
 que anuncie... bajad la frente... (Lo hacen riendo.)
 que cualquier alma viviente
 puede hoy decir la verdad.
 Ros. —Está bien, y apuntes tomo,
 pues la ocasión aprovecho
 para sacar de este pecho
 verdades de tomo y lomo.
 ¡Oh, precepto soberano,
 tú vas á darme la vida!
 D. JUL. (Aparte) Ya está la verdad lucida
 en boca de un cortesano.

ESCENA III.

Doña Blanca que se presenta enmascarada, vestida de valenciana con un lazo verde en la cabeza y una firmeza en el pecho. D. Fernando entra tras ella. Los cortesanos y las damas pasean entre tanto.

- D. FER. —¿Tú también hermana?
 ¿Tú también aquí?
 Mira valenciana,
 que te conocí.
 D.ª BLAN. —Eres tú muy diestro
 hermano y señor.
 D. FER. —Soy algo maestro
 en lances de amor.
 D.ª BLAN. —No obstante tu ciencia
 padeces errores

- D. FER. —Dime tú en conciencia
si abrigas amores.
- D.^a BLAN. —Mi amor dí al olvido,
pues que no te agrada.
- D. FER. —¿Y por qué has venido
aquí enmascarada?
- D.^a BLAN. —Un gran personaje
con gran frenesi
hace gran viaje
en redor de mí;
y yo que una vida
sosegada quiero,
siempre perseguida
de ese caballero
que á veces me llama,
sin razón ninguna,
hechicera-dama,
sol, estrella y luna,
con astucia rara
voy á su excelencia
dejando á la clara
luna de Valencia;
por eso he venido
con este disfraz,
Fernando querido:
quedemos en paz.
- D. FER. —Tu salida es chusca...
¿Y esa verde cinta?
- D.^a BLAN. —La reina me busca
siempre por la pinta.
- D. FER. —Buen recurso es ese;
más... ¿un dominó?

(Mirando lo que lleva en las manos.)

- D.^a BLAN. —Que se lo trajese
la reina mandó.
- D. FER. —¡La reina... ó el diablo!
¡Ya tantas señales...!
Cada vez que hablo
con la reina sales.
A fe que importuna
un testigo ausente...
y esa es tu fortuna;
pero ten presente
lo que como amigos
tratemos los dos
sin otros testigos
que tu honor... y Dios.
Yo quise sacarte
del pueblo natal
para separarte
de un amor fatal:
un pobre hidalguelo
cuyo nombre ignoro
quiso por el suelo
echar tu decoro...
- D.^a BLAN. —Fué noble, fué pura
su ardiente pasión.
- D. FER. —Más ¿fué por ventura
la de un infanzón?
Aunque te dijera
delirios de amante,
ni tan sólo era
un pobre estudiante...
Pero no merece
ni aun esta memoria
lo que pertenece

á ignorada historia.
Diz que el rey te mira
con grande afición.

D.^a BLAN. —Será una mentira
como muchas son.

D. FER. —Pues Blanca, es preciso
que vivas alerta:
no olvides mi aviso,
ó con honra ó muerta.

(Váso precipitadamente tras el grupo de damas y cortesanos que todos abandonan el salón dejando sola á Doña Blanca.)

ESCENA IV.

Doña Blanca (Mirando al sitio por donde se fué su hermano.)

Cuál creciera tu recelo
si supieses que en Madrid
está el oscuro hidalgüelo
pronto á entrar en nueva lid.

(Colócase el dominó sobre su vestido de valenciana.)

Y apesar de mi valor
no dudo que me merece,
porque es tan noble el amor
que cuanto toca ennoblece.
Si la fortuna es esquiva
con él, si nunca le dá
riquezas, mientras yo viva...

(Entra Ramiro también enmascarado, vestido de dominó y con otra cinta verde.)

D.^a BLAN. —Mas ¡ay!... ¡el és!... ¡¡¡aquí está!!!

(Reconócense los dos silenciosamente, y después de mirar á todos lados con cautela se quitan los antifaces y se abrazan. Después arrancan ambos de su cabeza las cintas y vuelven á cubrirse el rostro. Esta escena muda debe ser momentánea.)

ESCENA V.

Doña Blanca. Don Ramiro.

Música.

RAM. —Dulce prenda, Blanca hermosa,
pura diosa
pronto ven;
estrechemos nuestros lazos
y tus brazos
sean mi eden.
¡Mira que en delirios
se abrasa mi frente!
¡Mira que impaciente
te busca mi amor!
En tí sus delicias
cifró mi deseo.
En tu rostro veo
del cielo una flor.
Si contraria fué mi estrella
por tí ¡oh bella!
despreciar
pude sus fieros rigores,
mis dolores
devorar.
Mira que en delirios
se abrasa mi frente, ect.

D.^a BLAN. —Fino galan, fiel Ramiro,
mi suspiro
te llamó
á mis brazos ven amante
tan constante
como yo.

Los latidos oye
de mi pecho ardiente:
mira que impaciente
te aguarda mi amor.
Al fin triunfaremos
del hado enemigo,
pues en tí consigo
ver un protector.
Los preceptos de un hermano
muy tirano
desprecié
por tu amor que ya me augura
la ventura
que soñé.
Los latidos oye
de mi pecho ardiente, etc.

(Pasean del brazo.)

Hablado.

D.^a BLAN. —Y á qué vienes á la corte?

RAM. —Y tú lo preguntas?

D.^a BLAN. —Necia
en verdad, Ramiro, estuve
preguntándolo; más era
por lo que á mí me complacen
tus razones. Yo sujeta
de un hermano tan soberbio
á los caprichos que fuerzan
mi voluntad, soy juguete
de la fortuna. Tutela
tan dura no sufrió nadie
Aquí estoy porque él en pena
del amor que yo te tuve
y te tengo y te tuviera

RAM. cien y cien vidas ¡tirano!
de mi pátria me destierrá.
—Ya sé que me aborrecía
sin conocerme siquiera,
y es natural; tus blasones
suben hasta las estrellas:
nobles, heróicos, honrados,
más de quince abuelos cuentas;
yo soy un pobre estudiante
y un hidalgo de gotera.

D.^a BLAN. —Lo serás; pero mereces
por tu amor y por tus prendas,
el brillo de una corona,
la mano de una princesa.

RAM. —Y tú verás los prodigios
que el hombre que te venera
sabe obrar; amor me guía:
noble ambición hoy enjendra
en mi pecho, y yo sabré
por acercarme á tu esfera,
conquistar en esta corte
gloria, poder y grandeza.

D.^a BLAN. —El cielo te ayude.

RAM. —Fío
en su protección suprema.

D.^a BLAN. —Mucho en verdad te propones;
grande, muy grande es tu empresa,
que frívolos cortesanos
sin dignidad, sin conciencia,
olvidando su decoro,
sólo aquí viven y medran.

RAM. —Aunque me fuere preciso
derribar al que gobierna